

# LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

(PORTE PAGO)

Buenos Aires, Octubre 27 de 1904

## CUENTO DEL DIA

### DE LA TRAICION

NEVER MORE...

No dejes de venir hoy. Ya sabes que te espero a comer. Tienes un tren regresante a las cinco. Blídes, muy bien, estarás en tu casa.

No hablará Luisa. Ya sabes que nunca lo hago. No me satisface el amor, no me apetece para ligar a la otra persona, y el asunto que me obliga a realizar este viaje es importante, como te consta. Adios.

Hasta luego.

Segundos después se oyó un portazo, un chasquido de latigón, y el coche que lleva a Antonio Aubert hasta la estación del Norte, seca y volozamente, sobre el pavimento de madera.

Luisa está nerviosa. Reflexiona. De todos modos, dice, ésta misma que sucederá tarde o temprano, dice, ya sea en la noche o en el día. El hábito es costumbre, cierto afecto, tal vez... Hace treco años que, al despartirnos, todos los días, nos vemos en casa. Yo lo miro, él me mira; y siempre igual han llegado convencidos que ésto sería eterno. Luisa, en realidad, hablamos sentido nunca?

—Oh, si exclama después con su gesto, mezcla extraña de triunfo y de remordimiento: ¡el no me satisface! —dice, y se detiene a toda hora, en todas las formas, con todos los tonos, —perpetuamente, hasta que, convertido en mí sombra, ha llegado a ser mi posibilidad... —Mas yo... yo no lo quise, yo no lo queríe, yo no lo queríe nunca!

Había llegado a la desesperación. El vapor se acercaba. Su equipaje, estaba allí junto con su amiga. Luisa, su compañera de vida, la misma a quien Antonio pagara alturas y sacaría el hambre, en tiempos de miseria y de abandono. Traidera, también.

—¿Qué? —pregunta la amiga desde la barandilla, sobre la que está coquetamente apoyada.

—Listo—contesta Luisa. Da tres brincos de gata, pasa el puente, casi en torcero, y cae sobre cubierta, con sombrilla en la mano, y se acuesta, da tres toques, brilla a los reflejos del sol que muere.

Momentos después el vapor parte.

Antonio Aubert no ha podido esta vez cumplir su compromiso con Luisa. Y fué lo que lo había esperado hasta tarde! (Malditos socios).

Ha tenido que comparecer en un hotel público, que cuesta más que un hotel de lujo, y todo por no poderse escapar.

Y ha pasado triste aún, los mejores de mi juventud, los más bellos de mi vida, engañándolo, a él, que es bueno, engañándolo a mí mismo, engañando a todo el mundo, a mis amigos, a sus conocidos, a su madre, en fin, que ha llegado hasta perdonar, hasta esa pasión, a mis suplicias, a mis rugeos, a mi constancia ejemplar, a la simpatía que os estoy dando.

Y hoy, soprando, decidida a romper estos lazos, para ser consecuente con lo pasado, lo ha engañado también al despedirlo.

Hasta ahora, dieron mis lábios. Mientras, mi alma decía: ¡plástico nunc!

El vapor que debía conducir a Luisa a Rio de Janeiro tiene fijada para las seis de la tarde. La noche anterior, hasta el próximo dia. Hasta el pasaje, por lo que pudiera acontecer, estaba tomando su nombre supuesto. Aquello era un acto de amor, de devoción, de cariño, de meditación y alivio. Pero Luisa estaba en su ley, era lógica consigo misma. Lo que hacia estaba bien hecho.

Un momento antes de salir a la calle para encogerse en su habitación siguió improvisadamente el sonido de un golpe en la puerta. Sola quedarse a dormir, y el pensar en esto la contrariaba visiblemente.

Tratando de disimular, Luisa le dijo que su amiga estaba ausente en visita, y que su esposo se había presentado hasta el próximo dia. En cuanto a ella, tenía que partir en el acto, a cumplir su encargo que el la hiciera. De este modo, salvaba la dificultad sin dejar traslucir el proyecto de huir, que era lo que quería hacer.

Al trasponer la puerta del dormitorio para salir al patio, su piso, fino y bravo, aplastó la cima de la perra Diana, guardián solícito y amable de aquella casa. El golpe estalló perfectamente calculado. El golpe estalló.

Fuó a la cocina, tomó una cuchilla de la facilidad, y la clavó en el pecho de Diana. La perra, que no se recordó de oír el golpe, se quedó callada.

—Pero Diana estará atenta.

El cuchillo parecía una aguja, la punta que no se rompiera. Apoyó al llamar a Diana, y los dos golpes. Diana le contesta con risas ladridos, como si tratara de aduñársela.

—Pero la perra no se abre. —Empieza a correr, y se dirige a la puerta de su habitación, que ajusta al pasador, se suelta, y al otro esfuerzo, y la pugna, con el espíritu de un león, contra el cerrojo.

—S. calcula que en los meses de Noviembre y Diciembre próximos, se embarcarán del puerto de Nápoles con destino a Sudamérica alrededor de veinte mil inmigrantes.

—Diana lo sabe. Parece que no quiere dejarse entrar sin explicarle algo.

—No hay a la lado y sigue. No hay lucecitas de pungua. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—Antonio salió al patio de su casa, y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Diana sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Diana sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero. Luisa, escribes al parir, sobre pa-

pel de oficio, en letras muy grandes. ¡Qué dijiste? Que no te busque; —que querías vivir casada.

—Así, Antonio salió al patio de su casa,

y se asustó. Luisa, en el interior, tiene un

papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en

el otro, una nota.

—Luisa, Luisa.

Nadie la responde. Luisa sigue aban-

zándose. Estalla. Va a morirlo. Sí ha venido a decirte algo.

—El cuchillo se escorrió. —Allí hay des-

pero.

## LA PROTESTA

gonda paralela sobre el edenismo de las condiciones en que se trabaja en las colonias, la facilidad de enriquecerse, etcétera, podría pescar algunos incacos, que se entregarían a un servidumbre real por el temor imaginario de que, cuando se decidiesen a ir, estuviera Jaén ocupada.

Es preciso preparar el propósito. No es difícil lo de tales trabajadores hostiles a las huelgas. En las provincias, sin embargo, ya se han producido casos de resistencia o rebelión proletaria, como dejó saludable en esos espíritus fué la decisión de no seguirse sometiendo, afirmando a base de eso sometimiento y su pasividad la explotación capitalista, conspirando contra el ideal y la conveniencia común, a la que habrían traicionado en la proporción, si su manejamiento.

Se puede asegurar que es esta una idea genérica de aquella otra con la que se creyó salvar la situación en Noviembre de 1902, trayendo corrientes para reemplazar a los salibaldos en huelga. Llegados aquí, los corrientes prestaron secundar la acción de los sublevados, y no ciertamente incutidos por la propaganda, sino bajo la presión de la injusticia y del engaño, al impulso instintivo del sentimiento de propia conservación.

Es de presumir sin exponerse a salir lejos de la realidad, que en el caso ocurrido las cosas pasaron análogamente. Los multicomplejos factores económicos determinantes de las rebeliones obreras no cabe localizarlos y el espíritu del trabajador es influido, en ocasiones inconsciente pero de todos modos fatalmente, por ellos.

Y, arriva de otras consideraciones, está la de que es falsa, falsa de todaiedad, la especie arrojada a la circulación de que el criollo no es propio a las huelgas. La totalidad de las que hemos observado en Buenos Aires los ha tenido por mantenidos. De otro modo no se explicaría la reputación periódica y el enlacecesivo y progresivo de las huelgas dentro de los sindicatos, y aplicada con todo rigor la ley de resarcencia.

No hay porqué hacer a los criollos el ultraje de sumarlos con los carneros...

**BELLEZAS DE LOS HOSPITALES**

Carlos Pini, que tiene 51 viviendo en casa en Huamachuco, 616, tiene enferma a su esposa de 50 años, la que no puebla atender su doliente. Se ha hecho lo de tales trabajadores hostiles a las huelgas. En las provincias, sin embargo, ya se han producido casos de resistencia o rebelión proletaria, como dejó saludable en esos espíritus fué la decisión de no seguirse sometiendo, afirmando a base de eso sometimiento y su pasividad la explotación capitalista, conspirando contra el ideal y la conveniencia común, a la que habrían traicionado en la proporción, si su manejamiento.

Se puede asegurar que es esta una idea genérica de aquella otra con la que se creyó salvar la situación en Noviembre de 1902, trayendo corrientes para reemplazar a los salibaldos en huelga. Llegados aquí, los corrientes prestaron secundar la acción de los sublevados, y no ciertamente incutidos por la propaganda, sino bajo la presión de la injusticia y del engaño, al impulso instintivo del sentimiento de propia conservación.

Es de presumir sin exponerse a salir lejos de la realidad, que en el caso ocurrido las cosas pasaron análogamente. Los multicomplejos factores económicos determinantes de las rebeliones obreras no cabe localizarlos y el espíritu del trabajador es influido, en ocasiones inconsciente pero de todos modos fatalmente, por ellos.

Y, arriva de otras consideraciones, está la de que es falsa, falsa de todaiedad, la especie arrojada a la circulación de que el criollo no es propio a las huelgas. La totalidad de las que hemos observado en Buenos Aires los ha tenido por mantenidos. De otro modo no se explicaría la reputación periódica y el enlacecesivo y progresivo de las huelgas dentro de los sindicatos, y aplicada con todo rigor la ley de resarcencia.

No hay porqué hacer a los criollos el ultraje de sumarlos con los carneros...

**Las infamias del cuartel**

EL SUSTENIENTE GIANIS—LA COBARDÍA MILITAR

La información no podía ser más sucia, por cuanto debíamos—obligados entre soldados y oficiales—dejar el cuartel del terreno que habíamos expuesto a los ataques de los imperialistas y sanguinarios oficiales, undos estrechamente en él, en la complicidad del dicto.

Sin embargo, lucios sido claros y espeluznantes los hechos de los oficiales y sus mandos, que se han visto en libertad.

El juez, ante quienes comparecieron, los ha hecho la limosna, de dejarlos salir del cuartel, donde los ocho jefes habían sido heridos.

Es gracióis el juiz; al restituirles la libertad ha blasfemado de las grandes tragedias que la constitución acuerda, ha hecho la apología de los magistrados rectores de la justicia, y ha hecho lo mismo de las carabinas palmeadas en la escena para hacerlos olvidar los brutales procedimientos anteriores.

Ayer estuvieron en nuestra impronta otros oficiales y sargentos en su actividad de desbaratar las huelgas que La Prensa asumió en ese asunto, restando plenamente todo lo inicio del procedimiento autoritario.

Otro loco preguntó:

“¿Y los oficiales que los obreros han perjudicado sustrajeron a su trabajo, a su familia, desatendiendo todo por solo el capricho de un agente que se lo ocurre, que los trabajadores no deben cantar himnos cristianos?”

Es una infamia injusticia, el procedimiento brutal de las autoridades que no dejan perder el más mínimo pretexto para desbaratar pánico sobre el elemento proletario!

**Los tranjvías y los obreros**

EL ANGLO ARGENTINO

Dos días hace dijeron seis países que habían las compañías de tranvías vienen arrancando concesiones tras concesiones, licencias tras licencias, a nuestro adorable gobierno municipal, bajo la promesa de mejoras que resultan siempre ilusorias.

Si bien es cierto que el costo del servicio es el más alto, el costo de los servicios es el más bajo, las mismas compañías que organizan al acaparamiento de los coches, se encargan de las mismas empresas.

La supresión absoluta de los billetes de combinación, en la mayor parte de las líneas, es una locura.

El sistema de las estampillas de correo en pago de la diferencia de 2 centavos en tiempo que el boleto vale 3 centavos, sistema que se ha mantenido en la línea de que se usaba, es una locura.

Si bien es cierto que el costo del servicio es el más alto, el costo de los servicios es el más bajo, las mismas empresas que organizan al acaparamiento de los coches, se encargan de las mismas empresas.

Y consignaron aquí, con agrado, la actividad de nuestro colega Sarmiento, reparando las graves deficiencias que formulamos en su informe, y que se ha hecho lo mismo respecto a ejemplo de esa puebla que se usó en la estabilidad del ejército, esa escuela de crímen y degeneración, según el extracto de un observador sincero.

**La administración de correos**

Lo que se ha hecho y lo que no se ha hecho

Al director de La Prensa:

“Habituales a la ierencia, a la tolerancia, a la complejidad de nuestros funcionarios, los cuales, en su mayoría, se presten a malos tratos, las cláusulas de su contrato, sabiendo de antemano que el abuso de hoy será la lección de mañana.”

Por ejemplo, no se puede negar que cien mil personas que coche y recorren la ciudad, las que realizan las labores que llevan un gran lecho con las sacramentales palabras: “Para los obreros...”

